

La mitificación del sujeto manifestante. Representaciones de los conflictos sociales en la prensa escrita de Río Negro y Neuquén

Pablo Scatizza*

Resumen

En el período que va desde la instauración del corte de ruta como modalidad de protesta –y con ella sus protagonistas, los piqueteros- hasta la caída del gobierno de Fernando De la Rúa, la mayoría de los medios de comunicación estuvieron inmersos en un *proceso de mitificación del sujeto manifestante*, por el cual se instituyó que todo aquel que se manifieste en contra de un poder establecido es violento. Los diarios norpatagónicos *Río Negro* y *La Mañana del Sur* no fueron ajenos a este proceso, y en ellos se basó la investigación cuyos resultados aquí se exponen.

Descriptores

Medios de comunicación – Violencia – Representaciones – Discurso – Sujetos - Manifestantes

* Docente e investigador de la Facultad de Humanidades de la UNCo., Miembro del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos, (pscatizza@gmail.com).

“El discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse”

(Michel Foucault, *El orden del discurso*)

Violento introito

Violencia. Una categoría extremadamente amplia como para ser abordada desde un solo lugar. Manipulada como pocas, a lo largo de la historia, tanto por actores sociales de diferentes sectores como por instituciones de todo tipo. Juzgada permanentemente como si en sí misma poseyera la esencial cualidad de ser buena antes que legítima; mala antes que carente de legitimidad. Y no me estoy refiriendo aquí a los usos de la violencia, sino precisamente a su manipulación en tanto concepto; a las veces y a las formas en la que ha sido utilizada para denominar acciones y situaciones que involucraron de una u otra manera a determinados sujetos históricos, y no a otros. A la manipulación de la cual los medios de comunicación nunca resultaron ajenos y en la que, generalmente, sirvieron de punta de lanza para calificar y marcar con estigmas a determinados sectores de la población.

En este sentido, es posible comprobar cómo en el período comprendido entre el surgimiento del corte de ruta como modalidad de protesta –y con ella sus protagonistas, los piqueteros- hasta la caída del gobierno de Fernando De la Rúa, la mayoría de los medios de comunicación estuvieron inmersos en un proceso que denominé como mitificación del sujeto manifestante. Esta situación, que no finalizó en diciembre de 2001 aunque sí –como se verá- tuvo un giro moderador, operó de tal manera en el grueso de la sociedad que logró consolidar la construcción de una identificación estigmatizante de claras características, por la cual se ligó directamente a los desocupados y desocupadas, a los piqueteros y piqueteras, a quienes ocupaban un pedazo de tierra, a los grupos de estudiantes que toman un establecimiento y a cualquiera que se manifieste públicamente de forma masiva contra algún poder instituido, con la violencia; con independencia de las causas que provoquen su actitud. Todo a partir de las representaciones que los medios de comunicación hicieron de la violencia política y social. Así, mediante la banalización cotidiana que los medios gráficos, radiales y televisivos han hecho de la violencia, y debido a la utilización de este concepto de manera constante en cada movilización de masas que se produjo en el país a partir de 1996, se logró crear un imaginario colectivo en la sociedad por el cual se terminó identificando al sujeto manifestante como un sujeto violento. En este breve trabajo, intentaré demostrar cómo sucedió.

La tríada dialéctica

No podremos entender el problema que nos preocupa a menos que construyamos un objeto de investigación. Un objeto que en este caso no será homogéneo, sino que estará compuesto por tres elementos claramente diferenciados y relacionados entre sí de manera dialéctica. Una tríada compleja compuesta por la violencia, los medios de comunicación y el protagonista principal de la protesta social: el sujeto manifestante.

Como veremos, en los poco más de cinco años que van desde el levantamiento popular en la localidad de Cutral Có (provincia de Neuquén) en junio de 1996, hasta la caída del presidente Fernando De la Rúa en diciembre de 2001, se ha cristalizado una relación tripartita entre algunas formas de la violencia, los medios de comunicación y los sujetos manifestantes, logrando constituir una tríada dialéctica que aparece en permanente tensión. Una relación conflictiva que se encuentra vigente –aunque con ciertos matices– aún en la actualidad.

El punto de partida temporal tiene que ver con el “piquete” y sus protagonistas, la novedosa metodología de protesta que nació a fines del otoño de 1996, con la pueblada que protagonizaron las comunidades de Cutral Có y Plaza Huincul: dos pueblos nacidos junto al calor del petróleo de la estatal YPF, y que entraron en franco declive a partir de la privatización de ese oscuro recurso natural¹.

A partir de este acontecimiento, precisamente, muchos medios de prensa comenzaron a construir sus discursos referentes a los conflictos sociales identificando a los protagonistas principales de las manifestaciones y protestas con la violencia. En esos casos, resultaron ser violentos los piqueteros que cortaban una ruta y dejaban aislada a una localidad; los desocupados que marchaban por una ciudad interrumpiendo el tránsito vehicular y “negando el derecho constitucional a la libre circulación que tienen las personas”; violentos fueron por igual los manifestantes que con piedras y palos rompían un banco o se defendían de la policía, y los estudiantes que tomaban una sede universitaria sin permitirles a sus autoridades ingresar a sus lugares de trabajo. De esta manera, las protestas sociales por reclamos y exigencias llevadas a la práctica por diferentes sectores, convencidos de que tales acciones no son más que un derecho inalienable que tiene una sociedad que vive en democracia, fueron interpretadas generalmente por los gobiernos y muchos medios de comunicación como un accionar delictivo y esencialmente violento. Sin importar que características tenían esas manifestaciones. Pasaron de ser una forma legítima de expresión de disidencia y reclamo contra determinadas políticas estatales, a transformarse en una práctica transgresora de las normas constitucionales que debía ser duramente reprimida y severamente penalizada².

Sin embargo, para esas mismas empresas de la información y para esos mismos comunicadores, el término violencia y sus connotaciones no siempre estuvieron presentes en su discurso a la hora de describir otras situaciones que también involucraron al sujeto manifestante –entre otros actores y actrices sociales– pero, esta vez, en tanto objeto: objeto de pobreza, de hambre, de exclusión y de represión. Como veremos más adelante, la violencia puede adoptar diferentes formas en una sociedad, y no todas ellas son calificadas como tal en los discursos que diariamente son construidos. Una construcción

¹ Cutral Có y Plaza Huincul son dos localidades aledañas ubicadas en el centro-este de la provincia de Neuquén, a cien kilómetros de la capital provincial.

² “*Cutral Có y Huincul toman ruta en protesta por medida de Sapag*” publicó en su tapa *La Mañana del Sur* en su edición del 21 de junio de 1996. Aún no se había desatado la represión policial y todavía no se hacían alusiones a la violencia para hablar de los manifestantes. Ni en el título ni en el cuerpo de la nota. Tres días más tarde, ese mismo diario titularía en tapa “*Tomarán municipios y oficinas provinciales en Cutral Có-Huincul*”. A pesar de utilizar el mismo verbo –“tomar”–, la connotación con la violencia queda en evidencia cuando la “víctima” de esa acción son instituciones socialmente legitimadas, así como en la amenaza que preanuncia dicho título.

discursiva que no fue –ni es– exclusiva de los medios de comunicación, sino que forma parte de un andamiaje institucional mucho más complejo que incluye a los distintos poderes y organismos del Estado, algunas instituciones educativas y determinadas organizaciones no gubernamentales.

Cabe mencionar que, para poder abordar este análisis, se hizo necesario utilizar ciertas herramientas brindadas por el Análisis Crítico del Discurso (ACD), el cual, tal como explica el lingüista holandés Teun van Dijk, “no conforma una escuela ni un campo ni una disciplina de análisis del discurso, sino que se trata de un *planteamiento, posicionamiento o postura* explícitamente crítico para estudiar el texto y el habla”³. En este sentido, y con la convicción –quizá un tanto tautológica– de que en todo discurso subyace una determinada ideología –que definiré aquí como un sistema de creencias y valores que sustentan las prácticas sociopolíticas de distintos sectores y/o grupos que componen una sociedad–, se intentará en este trabajo demostrar cómo las estructuras de los discursos referentes a las manifestaciones populares, construidos desde la prensa escrita, se articularon de manera determinante con las estructuras ideológicas que se oponen y –por ende– califican de manera negativa a este tipo de prácticas.

Dos diarios para una región

Dentro de ese complejo sistema de instituciones la prensa escrita toma un rol fundamental, por lo que me basaré en ella para demostrar la hipótesis en cuestión. Particularmente, me detendré en dos de los diarios más leídos de la norpatagonia argentina: el *Río Negro* y *La Mañana del Sur*⁴.

Este último es el único diario que se edita en la provincia de Neuquén. Fue fundado por Julio Ramos –propietario y director de *Ambito Financiero*– en 1992, y dirigido por él desde su oficina en Capital Federal hasta abril de 2003, cuando la firma pasó a manos del grupo empresarial de la familia Schröder y su nombre cambió por el de *La Mañana Neuquén*. El jefe de redacción durante aquellos años –en la capital neuquina– era el periodista Rubén Boggi, encargado de garantizar la reproducción de la línea editorial que era emanada desde *Ámbito Financiero*, la cual se mantuvo siempre –y de manera expresa– opositor al sindicalismo, a las manifestaciones populares y a las protestas sociales. Asimismo, a lo largo de los artículos y editoriales de *La Mañana del Sur* –especialmente en los últimos años–, se desprende la clara alineación política que tenía ese diario con el gobierno provincial⁵. Tendencia que, desde el cambio de firma, se ha profundizado y consolidado de manera significativa⁶.

³ VAN DIJKM, Teun, *Racismo y análisis crítico de los medios*, Barcelona, Paidós, 1997, p.16 (cursivas en el original).

⁴Por cuestiones de índole metodológicas, esta investigación se centra especialmente en estos dos medios gráficos regionales, los cuales son representativos de un estilo de comunicación propio de la gran mayoría de diarios nacionales. Sin embargo, también fueron analizados algunos medios de tirada nacional (Clarín y La Nación) y pudo constatar que, en principio, las conclusiones obtenidas para la norpatagonia no serían ajenas para el resto del país. No obstante, está pendiente una investigación al respecto que focalice su objeto de estudio en otros medios de comunicación

⁵ La provincia de Neuquén, desde 1960 y hasta la actualidad, estuvo gobernada siempre –incluso durante los últimos años de la dictadura militar de la Revolución Argentina– por el Movimiento Popular Neuquino (MPN), nacido del peronismo cuando éste se encontraba proscripto de la política argentina. Sobre este tema, ver FAVARO, Orietta (Ed.), *Neuquén. La construcción de un orden estatal*, Neuquén, CEPHYC-UNCo,

El diario *Río Negro*⁷ fue fundado en 1912 por Fernando E. Rajneri, y desde 1987 es dirigido por su hijo Julio. Es el diario de mayor tirada de la Patagonia y el más leído en las provincias de Río Negro y Neuquén. Al adoptar una postura denunciativa frente a los secuestros y desapariciones de personas durante la última dictadura militar, el *Río Negro* se forjó una imagen fuertemente ligada a la defensa y a la lucha por los derechos humanos, aunque es necesario destacar que mantuvo siempre una posición ambigua respecto al tema que estamos analizando. Si bien la mayoría de sus artículos no expresan de manera frontal una oposición a las manifestaciones y protestas realizadas durante el período analizado, sí lo hacen respecto a los “trastornos a la sociedad” que éstas provocan, resaltando constantemente “el caos en el tránsito causado por la marcha de los estatales”, o la incomunicación a la que fueron “sometidas” las ciudades de Cipolletti⁸ y Neuquén por los docentes que en diversas oportunidades cortaron el puente. En este sentido, veremos más adelante cómo esta ambigüedad jugó siempre a favor del proceso de mitificación, profundizando el estigma de violencia sobre los protagonistas de esas medidas de fuerza.

Medios mitificadores

Los medios de comunicación no sólo son comunicadores sino también mediadores entre la realidad y la audiencia que se sirve de ellos. No son espejos que simplemente reflejan lo que tienen ante sí: los medios deciden; interpretan la realidad a su manera y, generalmente, lo hacen con la intención de proteger y favorecer sus propios intereses políticos, económicos y/o comerciales⁹. Basta con hojear diarios distintos para darse cuenta cómo, la mayoría de las veces, un mismo tema es analizado de manera diferente por cada uno de ellos; titulado, ilustrado y ubicado en la página de acuerdo a la importancia y a los intereses que ese tema les represente. Como bien advierten muchos teóricos de las comunicaciones, en la era de la información el conocimiento del presente –e incluso del pasado– se encuentra permanentemente dosificado, seleccionado y juzgado por los medios de comunicación. Se trata de un saber mediatizado que se presenta bajo una aparente y falsa virginidad, que se

1999; PALERMO, Vicente, *Neuquén, la creación de una sociedad*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1998.

⁶ La alineación política entre este diario y el MPN no sólo se prueba por su contenido, sino también por el extenso centimetrado de pautas publicitarias que la empresa recibía –cuando era propiedad de Julio Ramos– y recibe –actualmente– del gobierno provincial.

⁷ Si bien este medio ha sido objeto de estudio de numerosas investigaciones regionales, no hay sin embargo más que un par de publicaciones que hayan ahondado en su historia. En este sentido, para el período que va desde su fundación hasta la década de 1940, ver PRISLEI, Leticia y otros, *Pasiones Sureñas. Prensa, cultura y política en la frontera nortpatagónica (1884-1945)*, Buenos Aires, Prometeo Libros/Entrepassados, 2001; para el período delimitado por la dictadura de Juan Carlos Onganía ver SCATIZZA, Pablo, “Violencia política y conflictos sociales. Representaciones del diario Río Negro durante el onganato (1966-1970)”, *Tesis de Licenciatura*, Universidad Nacional del Comahue, 2005. (mimeo); y para un análisis más actual, ver BERGONZI, Juan Carlos y otros, *Periodismo en la Patagonia. Cambios en la presentación escrita y visual del diario Río Negro 1980/2000*, Gral. Roca, Publifadecs, 2004.

⁸ Cipolletti es una ciudad que se encuentra a cinco kilómetros de Neuquén, y está separada de ésta por el río Negro, que marca a su vez el límite entre ambas provincias. Una de las metodologías de lucha de muchas organizaciones es ocupar el puente carretero que une a las dos ciudades –llegando incluso a hacerlo durante varios días– con sus consecuentes trastornos en el tránsito vehicular.

⁹ GOMIS, Lorenzo, *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*, México, Paidós Comunicación, 1991.

incorpora a la sociedad según reglas y parámetros previamente establecidos, también, por los mismos medios de comunicación. En las últimas décadas, esta estrecha relación que históricamente articuló a los medios con la sociedad se ha transformado en una simbiosis vital de la cual ninguna de las dos partes puede prescindir. Gran parte de la información que a diario recibimos y mucho de lo que conocemos nos llega a través de los medios de comunicación, que son quienes construyen una imagen de la realidad en función de la cual nosotros construimos la nuestra. Y la representación de los conflictos sociales no es ajena a esta situación.

En este contexto, se torna necesario analizar la forma en que la prensa construye su discurso periodístico, banalizando generalmente a la violencia que rodea a dichos conflictos, al tiempo que se soslaya, minimiza o ignora la que a diario ejercen los gobiernos de turno mediante la represión policíaca, el hambre, la desocupación, los planes sociales o la impunidad de la clase política, o la que cotidianamente practican las grandes empresas sobre sus empleados mediante la explotación laboral, la coerción física y psicológica, las amenazas permanentes de despido y los riesgos de trabajo específicos de cada oficio. Acciones violentas que la mayoría de las veces no son nombradas como tales, y cuyos efectos provocan una contraviolencia¹⁰ que sí es exacerbada y condenada.

Bajo estas premisas, y a partir del análisis de las prácticas discursivas de los medios gráficos de comunicación –las cuales no son ajenas a los medios radiales y televisivos¹¹– es posible conjeturar cómo la prensa ha impulsado y provocado una mitificación objetivante del sujeto manifestante, siendo ésta una de las razones por la cual se considera violento a todos aquellos que se manifiestan contra un orden establecido, sea cual fuere el motivo que provoque esa manifestación. La prensa escrita, en tanto actor político¹², forma parte de un sistema institucional mucho más grande que la que representan los medios de comunicación en general, y participa como tal de la construcción de esta imagen estigmatizante que en este trabajo intentaré demostrar.

¹⁰ Más adelante se define este concepto.

¹¹ Los medios de comunicación se retroalimentan entre ellos, imponiéndose agendas de temas y conformando círculos viciosos respecto a determinadas noticias. En términos periodísticos se habla de “bucles” de información (Gomis, ob. cit.), por los cuales una noticia se inicia en un determinado medio y es retomada y retroalimentada por el resto, incluso con los mismos códigos lingüísticos. Esta idea del bucle es complementaria del concepto de “agenda-setting” o “establecimiento de agenda” propuesta por Maxwell Mc Combs, que se puede resumir en que son los medios de comunicación los que marcan la “agenda” de temas sociales, políticos, económicos y culturales que una sociedad debe tener en cuenta –sobre los que “debe pensar”–, para lograr su manipulación. Por este motivo, no es fortuito considerar que las prácticas discursivas de la prensa escrita analizada no es ajena a la del resto de los medios. Ver MC COMBS, Maxwell, *Setting the Agenda: The Mass Media and Public Opinion*, Cambridge, Polity Press, 2004.; también buscar en www.saladeprensa.org por el nombre del autor. Cfr. VAZQUEZ MEDEL, Manuel Angel, *La prensa escrita y la construcción social de la realidad, 2003 (mimeo)*; MULEIRO, Hugo, *Palabra x palabra. Estructura y léxico para las noticias*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2002; CHAMPGNE, Patrick, “La construcción ‘mediática’ de “malestares sociales”, en *Voces y Culturas. Revista de comunicación*, s/l, N°7, primer semestre de 1995, pp. 60-82; SARTORI, Giovanni, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Buenos Aires, Taurus, 1998.

¹² BORRAT, Héctor, *El periódico, actor político*, Barcelona, Editorial Gustavo Pili, 1989

El discurso mitificador

Cuando Umberto Eco analiza el mito de Superman en *Apocalípticos e Integrados*, asegura que “en una sociedad de masas de la época de la civilización industrial, observamos un proceso de mitificación parecido al de las sociedades primitivas y que actúa, especialmente en sus inicios, según la misma mecánica mitopoyética que utiliza el poeta moderno. Se trata de la identificación privada y subjetiva, en su origen, entre un objeto o una imagen y una suma de finalidad, ya consciente, ya inconsciente, de forma que se realice una unidad entre imágenes y aspiraciones”¹³. Tomando este supuesto como punto de partida y entendiendo, como Eco, que la mitificación es una simbolización inconsciente, una identificación del objeto con una suma de finalidades no siempre racionalizables, resulta sugerente pensar que esa identificación privada y subjetiva entre un objeto o una imagen y una suma de finalidad -que se produce en una sociedad en la cual todo un sistema de valores se ha ido concretando en una serie de símbolos ofrecidos por el arte y por la técnica- se ha transformado, a través del accionar de los medios de comunicación, en la identificación general y colectiva entre un sujeto social (el manifestante) y una suma de finalidad (la violencia) que provocó una inevitable –y deseada- mitificación objetivante del sujeto manifestante. A partir de aquí, todo aquel que se levanta contra un orden impuesto es considerado violento. Un proceso en el cual la estructura discursiva de la prensa escrita, en tanto integrante de un sistema de instituciones mucho más amplio, habría mitificado –impuesto la misma carga de verdad que poseía el mito en la antigüedad- al actor principal de la protesta social (el sujeto manifestante) identificándolo con una suma de finalidad determinada ligada directamente con la violencia; objetivando la violencia necesariamente sobre dicho sujeto.

Cuando el objeto es la violencia

Ahora bien, estamos hablando de violencia pero aún no hemos definido qué entendemos por tal. Claro que tampoco es el objetivo de este trabajo profundizar acerca de las teorías de la violencia, aunque sí resulta necesario señalar que efectivamente existe una amplia producción escrita sobre esa categoría tanto desde el punto de vista de la filosofía, como de la historia y la psicología¹⁴. Es interesante observar, además, cómo una vez más el sentido común se aleja de las diferentes concepciones que, habitualmente, tienen los objetos sobre los que basa su discurso; una posición acrítica que es necesario quebrar –como ha dicho Bourdieu- haciendo del objeto en cuestión un objeto de investigación y para lo cual no son necesarias grandes construcciones teóricas sino la

¹³ ECO, Umberto, *Apocalípticos e Integrados*, Barcelona, Editorial Lumen, 1999, p. 221.

¹⁴ Ver, entre otros: ROZICHTNER, León, *El terror y la gracia*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2003; GRÜNER, Eduardo, *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*, Buenos Aires, Colihue, 1997; FEINMANN; José Pablo, *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*, Buenos Aires, Seix Barral, 2003; DUSSEL, Enrique, *Ética de la Liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*, Madrid, Editorial Trotta, 2000; BOBBIO, Norberto, MATEUCCI, Nicola y PASQUINO, Gianfranco, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1994; BOURDIEU, Pierre, "Violencia simbólica y luchas políticas". *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Gedisa, 1997; BENJAMIN, Walter, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos, Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus, 1991.

interrogación sistemática del caso particular. En este sentido, y antes de seguir adelante, creo que es importante detenernos aquí en algunos ángulos de análisis referentes a la violencia, que nos puedan ser útiles para poder comprender el proceso de mitificación.

La violencia a la que me refiero en este trabajo es la denominada violencia política – muchas veces ligada y entrecruzada con la violencia social-, la cual sugiero pensar en un sentido amplio. En tal sentido, entiendo como tal a aquellas acciones agresivas -no necesariamente físicas- que resultan de las relaciones de poder –asimétricas- que se establecen tanto entre los distintos sujetos -colectivos e individuales- que integran una sociedad y las diferentes instituciones que la componen –gubernamentales y no gubernamentales-, así como las que se producen entre Estados diferentes y devienen finalmente en conflictos bélicos. La deliberada amplitud de la definición apunta a no excluir de ella a las acciones de coerción, coacción y manipulación, como tampoco a los actos de opresión y maltrato psicológico, cómo sí han hecho algunos referentes intelectuales al señalar que toda otra relación de poder coercitivo que pueda establecerse entre distintos sujetos no debería denominarse violencia, ya que “el uso indiscriminado del término violencia para designar todas estas relaciones de poder, además de las intervenciones físicas, produce el grave perjuicio de poner en una misma categoría relaciones que son muy distintas entre sí debido a características estructurales, sus funciones y sus efectos; en consecuencia, acarrea más confusión que claridad”¹⁵. Frente a esto, creo que es preferible hablar de diferentes tipos de violencia, ya que no denominar de esta manera a las relaciones de dominación y sometimiento lleva –ha llevado- a una inevitable naturalización del fenómeno; que se banalicen sus causas y se minimicen sus consecuencias.

Como apunta Isidoro Berenstein, quien ensaya una caracterización de la violencia desde el punto de vista psicológico subrayando constantemente la subjetividad de la misma, “el análisis de la violencia tiene sentido en tanto se refiera al sujeto”. En este sentido, señala el autor, “debemos referirnos a varias violencias y no a una sola, y considerar cada una de ellas por separado, con su propio origen. Todo esfuerzo de unificación y de ubicar un origen único lleva como consecuencia no deseada pero posible a una cierta banalización”¹⁶. Una banalización que, en el tipo de violencia que estamos estudiando, ha promovido un complejo entramado de instituciones entre cuyas piezas clave se encuentran los medios gráficos de comunicación.

En este sentido, es posible observar cómo, a lo largo de casi todas las fuentes analizadas, se puede detectar una constante intención de unificar a la violencia que domina los conflictos sociales identificándola únicamente con las actitudes de los manifestantes y otorgándole un único origen. En términos de Berenstein, produciendo una “cierta banalización”.

Esto puede verse, por ejemplo, en una editorial firmada por el secretario de Redacción de *La Mañana del Sur*, Rubén Boggi, al día siguiente de la huelga estatal del 13 de diciembre de 2001. En el artículo de opinión titulado “*Ultima oportunidad neuquina para que el chancho no coma*”, el periodista hace una analogía entre el dicho popular que reza que “la culpa no es del chancho sino del que le da de comer” y

¹⁵BOBBIO y otros, ob. cit., p. 1968.

¹⁶ BERENSTEIN, Isidoro, *Violencia visible e invisible*, Buenos Aires, Ed. Asoc. Psicoanalítica de Buenos Aires, 2000, p.258.

una presunta relación existente entre el Estado neuquino y el sindicalismo estatal, en la cual este último sería el “chanchito” y, el Estado provincial, quien le ha dado de comer con su “sentido de la participación” y su “tolerancia”. La tesis que aquí formula el periodista se basa en un supuesto estilo “no confrontativo” que existió durante muchos años entre los sindicatos estatales y los gobiernos provinciales, gracias a una suerte de “pactismo” que se habría dado entre ambas dirigencias, que provocó que los sindicalistas obtengan determinados beneficios personales a cambio de respaldo o indiferencia ante ciertas decisiones de los funcionarios gubernamentales. Una relación que llegaría a su fin con la crisis económica y cuya ruptura alcanzaría su clímax con la organización, desde estos sindicatos, de “grupos con los rostros encubiertos que atacan a la ciudadanía”¹⁷. Allí, según el periodista, se origina la violencia que tanto perjudica a la sociedad, y exhorta, para eliminarla, que se aplique todo el rigor de la ley. En sus palabras:

“En medio de una increíble batalla en donde la retórica hablaba de actos heroicos y responsabilidades jurídico-legales mientras la realidad mostraba grupos organizados con rostros cubiertos atacando a los ciudadanos neuquinos¹⁸, ayer se supo que se debe poner punto final a la hipocresía. Que el único margen que queda para continuar con un proceso de recuperación democrática en Neuquén es aplicar la ley con todo el rigor que la ley reclama (...)”

Una ley que debe aplicarse, según esta postura, a la violencia que es provocada por los manifestantes -originada en la relación poco proba entre sindicalista y funcionarios- y repudiada por la “ciudadanía”. Como asegura Boggi:

“(...) ¿Hay alguna duda de que la ciudadanía repudia totalmente el uso de la violencia, el ataque a comercios, a bancos, a hoteles, a locales de diarios? En todo caso, esta duda no existe más que en alguna cabeza acostumbrada a anteponer teorías a las realidades, y a confundir deseo con hechos”¹⁹

Como decía Berenstein, “el análisis de la violencia tiene sentido en tanto se refiera al sujeto”, y lo que se está olvidando –mejor dicho, soslayando- en las prácticas discursivas como las que estamos analizando es que los manifestantes son también sujetos, y sobre ellos, en tanto sujetos, también es aplicada la violencia. Así, al no referirse a varias violencias y si a una sola, al no considerarlas por separado con su propio origen, el resultado obtenido es la banalización de ese concepto. Una banalización que lleva a no calificar como violentas a ciertas políticas gubernamentales, ni a la represión policial, ni a otras formas de acción y coacción

¹⁷ Resulta interesante ver cómo se torna superlativa la importancia que los diarios le dan a la “ciudadanía”, entendiendo como tal un sector medio de la sociedad, trabajador y que paga sus impuestos. Un sector al cual supuestamente le molesta sobremanera los cortes de calle que no le permiten transitar con sus vehículos ni disfrutar plenamente de su libertad de tránsito. Una valoración en la cual evidentemente no entran los sectores empobrecidos y marginados de la sociedad.

¹⁸ Vaya ambigüedad: cuando habla de grupos organizados con los rostros cubiertos, bien podría estar refiriéndose a la policía, armada y con máscaras antigás, que reprimía a los “ciudadanos” que estaban manifestándose.

¹⁹ *La Mañana del Sur*, 14/12/2001, p.5

producidas por los gobiernos y los grupos económicos a determinados sectores de la sociedad.

El fin y los medios

Es necesario también distinguir a la violencia en la esfera de los medios, más allá de los fines a los que sirva. En este sentido, creemos con Walter Benjamin²⁰ que no basta con considerar si la violencia sirve a fines justos o injustos para saber si es ética o no, y que para llegar a una decisión al respecto, es necesario analizarla dentro del denominado derecho positivo. Circunscribir el estudio a la otra forma de derecho, el derecho natural, nos llevará a una inevitable confusión al intentar reducir la crítica de la violencia a la distinción entre fines justos e injustos. En ese caso, la violencia sería un producto natural comparable a una materia prima, que no presenta problema alguno siempre y cuando se la utilice para fines justos. Una interpretación que, como se desprende del análisis de las fuentes, suele ser realizada por los medios de comunicación para justificar la violencia ejercida sobre los sujetos manifestantes por las fuerzas policiales o las políticas de Estado. Sin embargo, cabe destacar que en los medios analizados, hemos observado un especial cuidado de no aparecer ellos mismos como los autores de discursos que avalen esta justificación de la violencia utilizada para supuestos fines justos, y han dejado en esos casos que sean los funcionarios de gobierno quienes formulen declaraciones de ese tipo. Tal fue el caso de la cobertura de uno de los piquetes realizados en la ciudad neuquina de Cutral Có, en abril de 1997, cuando bajo el título “*Los padres cortan la ruta en el ingreso a Plaza Huincul*”, el *Río Negro* publicó

*(...) La actitud de los docentes parece una abierta provocación al gobierno nacional. Precisamente ayer, el ministro del Interior Carlos Corach aseguró que habrá represión en Neuquén en los maestros vuelven a la ruta; y que si bien están dispuestos a colaborar, el gobierno nacional no permitirá que el conflicto entre ATEN y Sapag se exporte al resto del país, o se instale en los salones de discusión de la Casa Rosada*²¹.

Así, el “justo fin” de mantener las rutas liberadas y el conflicto circunscripto a la provincia de Neuquén, avala la utilización de cualquier tipo de violencia.

Para contrarrestar este punto de vista, Benjamin advierte que “en tanto el derecho natural es capaz de juicios críticos de la violencia en todo derecho establecido sólo en vista de sus fines, el derecho positivo, por su parte, establece juicios sobre todo derecho en vías de constitución, únicamente a través de la crítica de sus medios”²². De esta manera, se deja de lado la crítica de una violencia que aspira a justificar los medios en los que aparece sólo en vista de los fines que persigue, para analizar aquella violencia que pretende garantizar la justicia de sus fines mediante la legitimación de los medios en los que se la utiliza. Así, puede entenderse el “error” común en el que incurren aquellos y aquellas periodistas y analistas que no se detienen a pensar en la

²⁰ BENJAMIN; Walter, *Para una crítica a la violencia y otros ensayos*, Madrid, Taurus Humanidades, 1991.

²¹ *Río Negro*, 10/4/97, p.6.

²² BENJAMIN, ob. cit., p. 24.

legitimidad que puede o no tener una acción represiva sobre un grupo de manifestantes, mientras que sí pretenden permanentemente justificar dichas acciones sólo en vista de los fines que ellos consideran justos; algo que, evidentemente, se apoya en una visión acrítica del problema en cuestión, acotada estrictamente al campo del derecho natural. Asimismo, al identificar a los sujetos manifestantes con la violencia y promoviendo su mitificación, estos medios se muestran incapaces de pensar la legitimidad que poseen los medios que dichos grupos utilizan –no siempre, pero sí en la mayoría de los casos- con el claro objetivo de garantizar la justicia de los fines que persiguen.

Representaciones peligrosas

Desde 1997, cada abril se recuerda en Neuquén con mucho pesar. El 12 de ese mes moría asesinada en Cutral C6 Teresa Rodríguez, por uno de los tantos disparos de armas de fuego realizados por la policía provincial durante la represión a los y las manifestantes que cortaban la ruta. Fue el trágico final –junto a decenas de heridos, heridas e intoxicados/as por los gases lacrim6genos- de una protesta iniciada un mes antes por los y las docentes de la provincia en defensa de la escuela p6blica. Ese d1a el *R1o Negro* hab1a titulado su cr6nica principal, a dos p6ginas, “*Piqueteros armados esperaban a los Gendarmes*”, haci6ndose eco, en el encabezamiento de la nota (o *lead*) del mensaje gubernamental, diciendo:

*“El gobierno provincial denunci6 esta madrugada de la existencia de grupos de personas armadas con bombas molotov y armas de grueso calibre, entre quienes mantienen cortado el tr6nsito por la ruta nacional 22”*²³

No es un dato menor aclarar los diferentes grados de importancia que tienen los distintos componentes de un art1culo period1stico, y la peligrosidad que conlleva encabezar una cr6nica de esa manera, sabiendo que el mayor porcentaje de los lectores s6lo lee esa parte de la nota²⁴. M6s a1n si el propio cronista duda de la “versi6n oficial” del gobierno, al se1alar m6s abajo que:

“Este diario constat6 que los fogoneros pose1an algunos machetes y bombas molotov, pero no se advirti6 un arsenal significativo”.

Si el propio diario constat6 que los manifestantes no estaban fuertemente armados ¿Por qu6 no encabez6 el art1culo con su propia versi6n? Casos como 6stos, en los que el art1culo destaca inicialmente la “versi6n oficial” y luego la pone en duda o, directamente, la refuta, se repiten asiduamente en ambos diarios analizados. Una estructuraci6n discursiva que sustenta el proceso de mitificaci6n.

Al d1a siguiente de la muerte de Teresa Rodr1guez, el *R1o Negro* titul6 su principal nota diciendo “*Neuqu6n busca salir de la convulsi6n que ya cost6 una vida*”, encabezando el art1culo de la siguiente manera:

²³ *R1o Negro*, 12/4/97, p. 6.

²⁴ Seg1n un estudio realizado por el diario Clar1n, utilizando en lectores unos anteojos especiales que miden el “itinerario de lectura”, se determin6 que el lector lee, en primer lugar, el t1tulo de la nota (con cintillo y volante, que para el diario son una sola unidad informativa); luego la «bajada» (texto de unas pocas palabras que va antes del art1culo y resume su contenido), luego la foto, su ep1grafe y por 1ltimo el «lead» (primer p6rrafo de la nota, donde se encuentra la informaci6n m6s importante).

“Neuquén se salió de madre. La represión que se inició a las 5.45 cuando tropas de Gendarmería avanzaron sobre los piquetes en la ruta 22 al ingreso de Cutral Có y Plaza Huincul, derivó luego en una pueblada masiva que produjo su propio ‘mártir’: una mujer de 25 años muerta de un balazo en la carótida disparado por un arma aún anónima, pero que el esposo vio empuñada en una mano policial”²⁵

Sólo una vez, en la «bajada» del título, hace referencia a la violencia desatada contra los manifestantes, al calificar de “indiscriminada” a la represión. El dato curioso es que la foto que ilustra el artículo, a cuatro columnas, muestra una treintena de policías en plena acción represiva, entre los cuales se puede ver claramente a tres de ellos disparando con sus armas reglamentarias a manifestantes que, a unos 50 metros de distancia, tiran de sus gomas. Sin embargo, el epígrafe de la foto, señala que:

“Policías se tiroteaban²⁶ con manifestantes, ayer en Cutral Có y Plaza Huincul, donde estuvo el foco de las refriegas que costaron la vida a una mujer”.

La Mañana del Sur, por su parte, tituló ese día con grandes letras de molde “Una muerte en la violenta represión de Gendarmería”²⁷, siendo ésta una de las pocas veces que el término «violencia» fue utilizado por este diario para calificar una acción de la cual es objeto el sujeto manifestante. El artículo fue ilustrado con una foto que muestra a seis agentes de la Policía Provincial sujetando –violentamente- a un manifestante con el torso desnudo.

Sutilezas que objetivan

Este proceso de mitificación que estoy describiendo se fue desarrollando mediante un discurso que, muchas veces, ha sido sutil, elíptico, sin mencionar siquiera la palabra “violencia”. Un discurso estructurado de tal forma que, a través de su connotación, no deja lugar a dudas quiénes son los actores violentos del espectáculo.

Cuando *La Mañana del Sur* informó sobre una huelga docente en marzo de 2001 señaló que:

“(…) el paro se hizo sentir ayer sobre el Alto Valle, donde no se registraron incidentes de importancia aún cuando se realizaron manifestaciones convocadas por los gremios estatales y otras organizaciones estudiantiles.”²⁸

Como puede verse, para el diario no cabe ninguna duda de que en una manifestación convocada por gremios estatales y organizaciones estudiantiles se deberían *necesariamente* haber registrado incidentes.

En la prensa, es sabido, los silencios se hacen oír. Por ello es posible hablar de violencia a través de su negativa. Subrayar que una marcha fue “pacífica” puede interpretarse como una forma más de identificar, elípticamente, al sujeto manifestante

²⁵ *Río Negro*, 13/04/1997, p. 22.

²⁶ Nótese que se utiliza el término “tiroteaban”, a pesar de que, según se ve claramente en la foto descripta, sólo de un lado se disparaba con armas de fuego.

²⁷ *La Mañana del Sur*, 13/4/97, p. 1.

²⁸ *La Mañana del Sur*, 22/03/2001, p.5.

con la violencia. Como en esta crónica de *La Mañana del Sur* cuando destaca el pacifismo de un piquete en una ruta de Chubut:

“Durante dos horas estuvo cortada ayer la ruta nacional N°3 a la altura de esta ciudad [Puerto Madryn] con un piquete del Frente de Lucha Social Madryense. Los manifestantes, que habían partido de la ciudad al mediodía luego de realizar una marcha pacífica por el centro, discutieron largamente antes de levantar el corte, dado que había dos grupos antagónicos: el de los desocupados, que quería mantener el piquete hasta el anochecer; y el del Frente de Lucha, que insistía en mantener la decisión inicial de hacer un corte simbólico de una hora solamente”²⁹.

Resulta interesante ver en esta última crónica una constante que se repite reiteradamente en las publicaciones de *La Mañana del Sur* analizadas. Se trata de la relevancia que le otorga este medio a las discusiones internas que pueden llegar a tener las distintas organizaciones populares que participan de una manifestación, así como la política editorial de resaltar, incluso en los títulos, aquellas ocasiones en que una marcha no tuvo la convocatoria esperada. Una constante que es necesario tener en cuenta para tratar de entender el proceso de mitificación, ya que bajo esta construcción discursiva se encuentra entre líneas una supuesta evidencia de que estas agrupaciones funcionarían de manera desorganizada y en las cuales las peleas internas serían moneda corriente, frente a otro tipo de organizaciones –empresariales, comerciales- que “operan de manera ordenada y sin provocar inconvenientes a la sociedad”.

Así como la estructura discursiva de los artículos periodísticos puede estar armada de tal manera que, sin mencionar la palabra «violencia», se haga referencia a ella para objetivarla sobre el sujeto manifestante, podemos ver cómo, y una vez más a través de la connotación, el impacto semiológico sobre el lector puede estar controlado sutilmente en un diario mediante una adecuada utilización de la fotografía³⁰. Veamos unos ejemplos.

El 11 de noviembre de 2001, el *Río Negro* publicó un artículo titulado “*Las usurpaciones de tierras ya desbordaron los límites de Neuquén*”³¹, y la foto que lo ilustra no muestra una toma, ni una villa, ni niños, ni niñas, ni familias ni nada que se parezca a una usurpación de tierras. Muestra a dos jóvenes con sus rostros cubiertos y gomas en la mano.

Este mismo diario publicó el 15 de noviembre de 2001 en su tapa una gran foto que ocupa todo el ancho de la página, donde se ve un embotellamiento vehicular provocado –no lo muestra la imagen- por una manifestación que estaba cortando la ruta. El título es “*Cerco de pesadilla*”, y la «bajada» dice:

“Neuquén permaneció aislada ayer por los cortes de ruta. Ni siquiera el dique Ballester se salvó de las protestas. El broche de oro de una jornada

²⁹ *La Mañana del Sur*, 22/03/2001, p. 4.

³⁰ No es nuestra intención hacer aquí un estudio sobre la fotografía periodística ni sobre el contenido de su mensaje. Sólo interesa destacar que la forma con que se utilice este recurso periodístico es parte también al discurso mitificador.

³¹ *Río Negro*, 11/11/01, pp.6 y7.

*caótica para automovilistas y transportistas lo puso un incidente entre los manifestantes y la policía (...)*³².

Una vez más, se hace foco en la evidencia de un problema y no en el problema que la provoca. Así, sin mencionar la palabra tan temida, quienes se manifiestan son “violentos” con la sociedad que quiere transitar libremente por las rutas de su país.

Estructuras estructuradas

Resulta interesante analizar la forma en que puede llegar a articularse el discurso periodístico que pretende narrar un hecho violento, cuando las pruebas no dejan lugar a dudas de que éste tuvo que ver directamente con el accionar de las “fuerzas del orden”: los recursos utilizados para estructurar dicho discurso, sin utilizar la simbología estructurada que generalmente utiliza cuando el objeto de construcción es el sujeto manifestante, pueden llegar a ser realmente originales. Como ha señalado Bourdieu, los sistemas simbólicos, en tanto instrumentos de conocimiento y de comunicación, no pueden ejercer un poder *estructurante* sino porque son *estructurados*³³. En tal sentido, y teniendo en cuenta que el poder simbólico es un poder que tiende a establecer un orden gnoseológico, podemos leer en el discurso que propone la prensa escrita en estos casos particulares -discurso en tanto estructura estructurada-, un intento de ejercer un poder estructurante que interpreta de manera distorsionada a la realidad. Así, se aporta un elemento más al proceso de mitificación objetivante del sujeto manifestante en el cual la prensa escrita, dentro del complejo sistema de instituciones que compone, tiene un rol fundamental.

Vale un ejemplo: El 13 de diciembre de 2001 se realizó en Neuquén una marcha popular que terminó en una nueva represión por parte de la policía provincial. Al día siguiente, tanto el *Río Negro* como *La Mañana del Sur* destacaron, por sobre todas las cosas, los destrozos a comercios y entidades bancarias provocadas por un grupo de activistas, dejando en un segundo plano la represión sobre el conjunto de los manifestantes y los ataques de las fuerzas policiales hacia dentro del hospital regional, cuando aquellos buscaron refugio en este lugar. Ataques que afectaron también a los pacientes que se encontraban internados en el nosocomio. Al día siguiente, en su tapa, el diario *Río Negro* tituló con letra de molde “*Los violentos no pararon*”, sobre una foto que ocupa media página en la que se ven dos manifestantes tensando sus gomas. El epígrafe de la foto destaca que

*“Otra vez la capital neuquina tuvo el lamentable privilegio de convertirse en el lugar más violento del país, durante el paro general (...) Los vándalos hicieron un raid de destrozos por toda la ciudad (...) Los repelieron con balas de goma y gases que llegaron a poner en peligro incluso a pacientes del hospital (...)*³⁴.

En ningún momento califica como violenta a la represión policial. Sólo habla de violencia al referirse a los y las manifestantes quienes, a pesar de todo, tuvieron un

³² *Río Negro*, 15/11/01, p.1.

³³ BOURDIEU, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, EUDEBA, 2000, p.67.

³⁴ *Río Negro*, 14/12/2001, p. 1.

saldo de 13 heridos/as de balas de goma y decenas de descompuestos/as por los gases lacrimógenos; del lado de la policía, en tanto, hubo un solo herido.

La Mañana del Sur, por su parte, tituló “*Graves hechos de violencia durante el paro en Neuquén*”, expresando en el epígrafe que

“Manifestantes atacaron bancos, comercios, hoteles y entidades públicas. Participaron sindicalistas estatales, que terminaron buscando refugio en el hospital Castro Rendón, llevando la pelea callejera al centro asistencial³⁵. (...) La dirigencia política salió en pleno a repudiar la violencia³⁶ (...)”³⁷

En esa misma edición, en un artículo titulado “*El hospital Castro Rendón fue el más perjudicado por las batallas*”, se describió:

“Las corridas en el centro terminaron cuando los manifestantes encontraron refugio en el hospital Castro Rendón, el de mayor complejidad de la provincia. En segundos, la guardia de pediatría, traumatología, terapia intensiva, los pasillos y el hall central quedaron repletos de manifestantes que huían de los gases, las balas de goma, las pedradas y los bastonazos. (...). Una mujer con su pequeña hija en brazos y lágrimas en los ojos, intentaba atravesar las desordenadas filas de gente para llevarla al primer piso. La niña tenía en su brazo colgado un suero y obviamente no entendía nada. Nadie entendía cómo los manifestantes buscaron refugio en el hospital pero menos se explicaba cómo la policía arrojaba sus gases allí. (...)”³⁸

Nadie pudo negar ese día que la policía no disparó gases y balas de goma hacia adentro del hospital. Todos los medios reprodujeron ese hecho. Sin embargo, como vemos en este fragmento y tal como se dijo a lo largo de la crónica, no se cuestionó el accionar violento de las fuerzas policiales sino de manera indirecta y luego de dejar en claro que los que provocaron ese accionar fueron los y las manifestantes. En todos los casos, la estructura del discurso fue estructurada (para seguir a Bourdieu) de manera tal que la interpretación de la realidad que propone nos despertara dudas acerca de quiénes fueron los sujetos violentos a lo largo del conflicto y, especialmente, dentro del hospital. Como señalábamos más arriba, la importancia del título es fundamental al momento de informar (bien o mal) un determinado acontecimiento; y la forma en que se estructura la noticia, qué se dice al comienzo del artículo y qué al final, cómo se ilustra la crónica y cuál es el contenido del texto que se escribe en su epígrafe, responde siempre a propósitos claramente determinados de los y las responsables de una edición. Ellos y ellas, más que nadie, saben cuál es el rol que le toca jugar a su medio en tanto actores políticos de una sociedad.

³⁵ Ergo, los gases lacrimógenos y las balas de goma dentro del hospital fue por culpa de los/as manifestantes, que llevaron la pelea a ese lugar...

³⁶ La violencia de los/as manifestantes, no de la policía...

³⁷ *La Mañana del Sur*, 14/12/2001, p.1.

³⁸ *La Mañana del Sur*, 14/12/2001, p. 4.

El peligro del discurso

“¿Qué hay de peligroso en el hecho de que las gentes hablen y de que sus discursos proliferen indefinidamente? ¿En dónde está por tanto el peligro?”, pregunta Foucault en el *Orden del discurso*. El peligro yace en el discurso mismo; en su estructura, en su mensaje. En la influencia que los diferentes discursos tienen en la construcción social de la realidad. Y el discurso de la prensa escrita en particular, y de los medios de comunicación en general, es poseedor de ese peligro.

Como señala Teun van Dijk, todo discurso no se limita a la acción verbal, “sino que también involucra significado, interpretación y comprensión, lo cual significa que el acceso preferente al discurso público o el control sobre sus propiedades (por ej. temas específicos o preferidos) también pueden afectar el pensamiento de los demás”³⁹. En este sentido, y con la convicción –quizá un tanto tautológica– de que en todo discurso subyace una determinada ideología –entendida como un sistema de creencias y valores que sustentan las prácticas sociopolíticas de distintos sectores y/o grupos que componen una sociedad– hemos visto como algunas de las herramientas dadas por el Análisis Crítico del Discurso nos han sido útiles para comprender la articulación existente entre las estructuras del discurso de dos emblemáticos medios regionales de comunicación con las estructuras ideológicas que en ellos subyacen.

Es necesario dejar en claro que en ningún momento intenté negar que hayan existido manifestaciones en las que sus protagonistas encabezaran disturbios o actitudes violentas, ni que las manifestaciones en sí mismas no posean elementos susceptibles de ser considerados violentos. La protesta social puede en muchas ocasiones transformarse en una expresión de violencia, y eso es importante tenerlo presente. Pero no fue el objetivo de este trabajo analizar tal comportamiento. Tampoco me propuse analizar las distintas formas en las que los diferentes actores sociales son sujetos de violencia por parte de los gobiernos, ni de las consecuencias que éstas provocan sobre toda la sociedad. Lo que sí intenté buscar y demostrar son las huellas que delatan la constante identificación que existe entre el sujeto social que protagoniza una protesta –el sujeto manifestante– y una suma de finalidad objetivada sobre él –la violencia. Una mitificación llevada a cabo mediante un juego discursivo estructurado y estructurante que promueve un complejo sistema de instituciones. Un sistema el cual la prensa escrita es una pieza fundamental.

Una última observación: es notable cómo, con el surgimiento de los “cacerolazos” –esa forma de manifestación que encabezaron las clases medias argentinas a partir de la aplicación del “corralito financiero” en protesta por la retención de sus ahorros por parte de los bancos–, el discurso de los medios en relación con las marchas y movilizaciones populares tuvo un cambio importante. Curiosamente, este nuevo sujeto manifestante no fue identificado automáticamente con la violencia, a pesar de que las mismas acciones que protagonizó –corte de calles, rotura de bancos, instituciones públicas, etc.– poco se diferenciaban de las que tanto escandalizaron a los medios analizados en este ensayo. No obstante, no es nuestro objetivo analizar aquí esta representación, que ameritaría un estudio aparte que tenga en cuenta sus elementos particulares. Sólo valía la pena mencionarlo, y dejar el tema pendiente para una futura investigación.

³⁹ VAN DIJK, op. cit., p.21.